

EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ
O EL FIN DE LA GUERRA NO FUE LA PAZ

DOLORES TRONCOSO
Universidad de Vigo

La segunda serie de los *Episodios nacionales* galdosianos comienza con *El equipaje del rey José* escrito entre junio y julio de 1875. Aunque el núcleo central de la serie se ocupa del reinado de Fernando VII (1814-1834), este primer episodio nos sitúa un año antes, narrando sucesos ocurridos desde el 17 de marzo de 1813 en que el rey José Bonaparte decide abandonar definitivamente Madrid, hasta el 21 de junio del mismo año en que tiene lugar la última batalla contra los franceses, ya de retirada, en Vitoria. Ello significa que los sucesos históricos allí reflejados más que de la etapa fernandina, forman literalmente parte de la guerra de la Independencia, relatada en la primera serie. Sin embargo, al inicio del capítulo XXI del episodio que vamos a comentar, se hace un alto en la narración y el narrador cede la palabra al autor implícito, quien reflexiona sobre lo narrado; allí afirma que «más que libro, este es el prefacio de un libro»¹. Y en efecto, el enfrentamiento que se inicia en *El equipaje del rey José*, entre Carlos Garrote y Salvador Monsalud, personaje principal de la serie, seguirá a lo largo de toda ella en lo político —absolutista Garrote, liberal Salvador (y nótese el simbolismo de ambos nombres)—, en lo social —hijo legítimo el primero, ilegítimo el segundo—, y en lo personal —ambos enamorados de la misma mujer—. Este enfrentamiento total refleja la existencia de «dos Españas» que,

¹ Todas las citas del episodio están tomadas de *Episodios nacionales. Segunda serie*, ed. de Dolores Troncoso, Barcelona, Destino, 2006. Esta es de la p. 107.

surgidas en esta época histórica, se prolongará hasta la muerte del general Franco en 1975.

Fin de una etapa, la de la ocupación francesa, y preámbulo de otra, el reinado de Fernando VII, el episodio funciona así de engarce entre ambas, engarce necesario a Galdós para que se comprenda bien el mensaje que la serie envía a sus lectores contemporáneos: las enormes dificultades de la España constitucional a lo largo del siglo XIX responden en gran medida a las circunstancias en que comenzó su existencia. Recordemos que las Cortes que en 1812 redactan la primera Constitución, lo hacen en un Cádiz sitiado y bombardeado por el ejército napoleónico. Así lo comenta Gómez de Baquero²:

la transformación política [...] nacida bajo tan marciales auspicios parecía condenada de antemano a seguir su curso entre guerras y alteraciones, usando y padeciendo tanto de las armas y la violencia, como de las razones y las leyes.

Históricamente, durante la guerra de la Independencia los españoles se dividieron en cuatro grupos; entre aquéllos que optaron por adaptarse a la ocupación francesa habría que distinguir a quiénes lo hicieron por conveniencia, de quiénes —convencidos de la necesidad de reformas inspiradas en la Ilustración, y tras vivir el retroceso de tales reformas bajo el reinado de Carlos IV y conocer la conducta de su hijo Fernando en El Escorial, Aranjuez y Bayona—, creyeron sinceramente que el nuevo rey Bonaparte podría llevar a cabo sus ideales mejor que el depuesto Fernando. Casos bien conocidos son el de Leandro Fernández de Moratín o el del conde José Cabarrús. Entre quienes decidieron oponerse al invasor, también encontramos ilustrados y liberales, promotores de las Cortes y la Constitución de Cádiz, como Jovellanos o Quintana, y frente a ellos, un pueblo suministrador de la guerrilla, que confunde patria y religión. A su vuelta, Fernando VII perseguirá con igual saña a afrancesados y constitucionalistas, apoyándose en el pueblo fanatizado que lo recibe al grito de «¡vivan las caenas!» y en los oportunistas que cambiaron de bando en cuanto los franceses dejaron el país.

De los cuatro grupos ofrece referencias *El equipaje del rey José*. Entre los primeros, encontramos a Salvador Monsalud, que varias veces repite el motivo de pertenecer a los «jurados», especie de policía creada por el gobierno de José Bonaparte:

² En *Novelas y novelistas*, Madrid, Calleja, 1918.

No por entusiasmo, no por falta de patriotismo, no por bélico ardor, sino por necesidad, entró Salvador en uno de los regimientos españoles que servían malamente a José (p. 31).

Ya sabes por qué he servido a José: me moría de hambre y acepté sus banderas (p. 37).

Madre querida, yo conocí que hacía mal, yo resistí, conociendo que era una falta servir a los enemigos de mi patria; pero me moría de hambre, y además mi tío tenía mucho empeño en que yo sirviera a los franceses (p. 52).

Mi desgracia, mi abandono, mi pobreza lleváronme a las filas del enemigo, y la deshonra consistiría en abandonarlas durante el peligro... (p. 64).

Con la última cita vemos la honradez de Salvador quien, a pesar de los ataques de la plebe y el rechazo de su madre y su novia, se niega a abandonar el uniforme francés vencido, para lo cual, según generaliza el narrador, sería necesario cierto valor:

los españoles comprometidos con ellos, no cabían en su pellejo de puro azorados y medrosos. A muchos de estos insultó la plebe en diversos puntos, y algunos aterrados al ver el desamparo en que quedaban, desertaron para acogerse de nuevo a las banderas de la patria (p. 39).

Otros afrancesados, como el protagonista del episodio, deciden abandonar España con el ejército francés:

Con el ejército iban los muchos particulares comprometidos que quisieron seguirles, y entre los carros de oficio, gran número de vehículos con equipajes de empleados altos y bajos. Ofrecían estos desgraciados individuos espectáculo lastimoso (p. 46).

Además, se nos informa de que Salvador «no tenía [...] ideas políticas, es decir, no había llegado al convencimiento profundo de que la solución nacional fuese mejor que la extranjera» (pag. 31). Aunque no se vuelve a incidir en este aspecto, el personaje parece, con este apunte, no estar lejos de los afrancesados por convencimiento.

Frente a la postura de Salvador, Galdós plasma varios ejemplos de afrancesados por conveniencia que rápidamente cambian de bando. El primero, el más grande ejemplo de oportunismo y cinismo de toda la serie, es Pipaón; así se comprueba en el diálogo que mantiene con Salvador:

[Salvador]: —Y como parece que el rey José y los franceses y los jurados se marchan para siempre, quieres hacer olvidar que te colocó el conde de Cabarrús...

[Pipaón] —[...] Y ahora que los franceses van de capa caída y parece que huyen vencidos, el heroísmo consiste en volverles la espalda (p. 38).

También el tío de Salvador, habiendo sido «afrancesado rabioso» (p. 39), dirige a quienes han atacado a su sobrino las siguientes palabras:

Comprendo, señores, que el pueblo se ensañe contra los afrancesados: esos viles merecen pronto y ejemplar castigo [...] Yo respondo de que mi sobrino dejará las traidoras banderas en que ha servido; él es buen patriota, tan buen patriota como yo, que estoy dispuesto a derramar la última gota de mi sangre, sí, la última y postrera gota en defensa del Rey y de la Constitución. ¡Viva la Constitución! (pp. 40-41).

Que tampoco ellos son casos excepcionales se asegura en su propia tertulia: «A estas horas casi todos los españoles que servían a José han desertado» (pág. 44), donde una joven explica sin ningún rubor:

—Hace cosa de seis meses —afirmó Serafinita— habría sido gran locura mostrar siquiera un adarme de españolismo; pero hoy es distinto. Los franceses van de capa caída y buen tonto será quien se embarque con ellos (p. 43).

Y el narrador tras relatar que, durante la ocupación, «En las tabernas los taberneros no tenían manos para tanto despacho y muy alborozados escanciaban a los franceses», comenta maliciosamente «en esto del vender y ganar dinero no hay naciones» (p. 48).

Este tipo de oportunistas, al menos externamente y en cuanto desaparezca el ejército invasor, compartirá con el fanatizado pueblo que idolatra a la guerrilla su odio al afrancesado leal; así lo muestran personajes afrancesados y patriotas:

ahí tienes diseminadas por toda la redondez de España, esas inimitables partidas de guerrilleros, [...] los verdaderos libertadores de la patria, los que al fin rescatarán a nuestro adorado Fernando, los que devolverán a la sagrada religión su esplendor y a Dios su Reino predilecto (p. 90).
mañana se marchan otra vez para siempre, para siempre, señores, con su séquito inmundo de traidores y jurados y afrancesados. Ved cómo tiemblan, cómo se esconden de vuestras patrióticas miradas (p. 41).

La volubilidad general, tendente a apoyar al poder y rechazar al vencido, la observa el propio Galdós como autor implícito en una reflexión generalizadora:

El populacho es algunas veces sublime, no puede negarse. [...] pero fuera de estas horas, muy raras en la historia, el populacho es bajo, soez, envidioso, cruel y sobre todo cobarde. Todos los vencidos sufren más o menos la cólera de esta deidad harapienta [...] cuando el tirano ha caído. [...] La libertad y las *caenas*, a quienes alternativamente aduló, han visto sobre sí en el momento terrible a la furia inmundada que les escupía (p. 39).

La madre y la novia de Salvador son modelos del fanatismo patriótico; la primera «más quería verlo muerto que sirviendo a los franceses» (p. 48) y la segunda cree que «nosotros los españoles somos Dios y ellos el demonio, nosotros el cielo y ellos el infierno. Así lo dicen el cura y mi abuelo» (pág. 63); y el narrador se sirve de ella para generalizar:

La pavorosa figura bella y terrible, que pedía la muerte de un hombre, pocos minutos antes amado, encaja muy bien dentro del tétrico cuadro de la época, en la cual las pasiones humanas exacerbadas y desatadas arrastraban a los hechos más heroicos y a los mayores delirios (p. 63).

Por ello se nos describe al pueblo de Vitoria al acercarse al campo de batalla, cuando esta ha finalizado, llevando la merienda como si se tratase de una romería:

muchas personas llegaban impulsadas por la simple vehemencia personal de la guerra, para contemplar el odioso imperio derrotado y sus armas perdidas; para gozar en el mísero castigo de los malos patriotas, y escupir los avergonzados semblantes de los traidores (p. 120).

A esa «vehemencia personal de la guerra» han contribuido no poco los curas guerrilleros, representados en la novela por Respaldiza, que funde patriotismo y religión, aunque su grito sea contrario a esta última: «¡A matar franceses y afrancesados, para gloria de la nación y triunfo de la fe!» (p. 74). Y en la misma fusión creen la vieja doña Perpetua (de nuevo un nombre simbólico, en este caso del inmovilismo), a quien el narrador define como «Enciclopedia del alma y del cuerpo, [que] resumía todo el saber y todo el sentir de su país

en aquella época» (p. 51), y don Fernando Garrote, que lucha «por la causa de Dios, de la religión y su santa iglesia primero, y del Rey y de España después» (p. 77).

El narrador deja claro que ese odio a lo francés tiene sus raíces tanto o más que en el patriotismo en creencias religiosas:

La causa de Dios triunfa y triunfará mientras haya soldados cristianos en el mundo —decía el abuelo a su linda nieta—. A estos desastres horribles son conducidos los que han intentado alevemente apropiarse nuestro suelo, y mudar nuestras costumbres, haciéndonos de fieles piadosos, herejes corrompidos, de leales y pacíficos, revolucionarios y jacobinos. [...] oye la voz de un anciano patriota, español y cristiano: además del infierno que existe para toda clase de pecadores, ha de haber uno con tormentos extraordinarios de inapreciable horror para los que hacen traición a su patria y a sus banderas (p. 123).

Y una vez asentada esta idea, Galdós profundiza, por medio del discurso de Fernando Garrote, en la auténtica razón del odio fanático, el miedo al cambio, sea este político o social:

—Hay un mal grave, señores, un mal terrible, al cual es preciso combatir— [...]. Que los franceses han traído acá la idea de cambiar nuestras costumbres, de echar por tierra todas las prácticas del gobierno de estos reinos, de mudar nuestra vida, haciéndonos a todos franceses, descreídos, afeminados, badulaques, tontos de capirote y eunucos (p. 75).

Interesa notar cómo el autor se vale de un personaje que está ideológicamente en sus antípodas, para manifestar su propia interpretación de la historia. A continuación da un paso más, siempre a través del discurso de Garrote, y comienza a apuntar al futuro del país, señalando quiénes serán considerados en adelante, «enemigos de la patria»:

Pero todavía existe una canalla peor que la canalla afrancesada, pues estos al menos son malvados descubiertos y los otros hipócritas infames. ¿Sabéis a quién me refiero? pues os lo diré. Hablo de los que en Cádiz han hecho lo que llaman la Constitución y los que no se ocupan sino de nuevas leyes y nuevos principios [...] Pasad la vista por sus abominables *gacetas*. ¿Las habéis leído? Decís que no. Pues yo las he leído y sé que respiran odio a los patriotas, al Rey y a la sacrosanta religión. Son los discípulos de Voltaire, que van por el mundo predicando la

nueva de Satanás [...] hoy voy a combatir contra los franceses y mañana contra los afrancesados que son peores, y después contra los llamados liberales que son pésimos (p. 75).

A partir de este pasaje, situado en el capítulo XIV, es decir aproximadamente en la mitad de la novela, se multiplicarán las alusiones al inmediato futuro del país durante el reinado de Fernando VII, con la vuelta al absolutismo más furibundo, su enfrentamiento y persecución de las ideas liberales, y la identificación del inmovilismo con la esencia de la nación:

los que insultan a los valientes guerrilleros, llamándoles ladrones de caminos y asesinos, [...] esa gente no es gente, esos españoles no son españoles. Entre ellos y nosotros, lucha eterna [...] es cosa corriente en el país, que a los guerrilleros de estas montañas les queda mucho que hacer, después de acabar con los vándalos de fuera (p. 99).

Y hacia el final de la novela, otros personajes marcarán «la escisión irremediable de España en dos mitades intratables», por decirlo en palabras de José F. Montesinos³, incluyendo ya los términos con que en adelante serán conocidos, *serviles* —partidarios de absolutismo según los constitucionalistas— y *blancos* y *negros* —absolutistas y constitucionalistas según los primeros—:

—Siempre habrá distancia inconmensurable entre lo que yo llamo el *patriotismo cristiano* y esa gárrula palabrería de los que se llaman *patriotas* en Cádiz y en Madrid.

—Los que nos llaman *serviles*, señor don Miguel —indicó el capellán.

—Tan infame mote —afirmó Baraona frunciendo el ceño y apretando el puño— será escrito con sangre en la frente de los que lo inventaron (p. 128).

A la salud de toda la gente *blanca*, a la salud de la patria libre de franceses y de ideas francesas, de la religión de nuestros padres, de nuestras santas y morigeradas costumbres, de nuestra inmutable y siempre gloriosa España, que desafía a los siglos y sobre la cual pasan y pasarán los *negros* innovadores, como hojas de otoño que se lleva el viento (p. 129).

Ese terrible deseo de que a los «innovadores» se los lleve el viento, tratarán de cumplirlo los carlistas en las tres guerra civiles que

³ En *Galdós I*, Madrid, Castalia, 1972, p. 120.

asolaron España a lo largo del XIX, desde la muerte de Fernando VII hasta la momento en que Galdós escribe esta segunda serie: solo unos meses después de terminado este episodio, en febrero de 1876 se finaliza la tercera guerra carlista; y ya son profetizadas en este episodio, en el que todavía José I Bonaparte y su ejército están tratando de salir del país:

Seguid en vuestra gloriosa, en vuestra santa tarea de limpiar esta cizaña, que no os faltará que hacer en algún tiempo, porque el mal se ha desatado en España y vendrán días de sangre... (p. 125).

—En lo sucesivo, señores —dijo este con grave y profético tono—, y atendidos los síntomas de discordia civil que presenta España por el insolente jacobinismo de los *negros*, los buenos españoles debemos adorar fervorosamente dos cruces [la de la religión y la de la patria] (p. 130).

Por eso en la última escena de la novela, cuando Carlos Garrote ayuda a un Salvador extenuado a reponerse para poder batirse con él después, el narrador comenta:

Nadie al verlos hubiera dicho que entre ellos y en torno a ellos, envolviendo sus hermosas cabezas con fúnebre celaje, flotaba el fantasma horroroso de la guerra civil (p. 136).

Por si no fueran bastante claras expresiones como «días de sangre», «escrito con sangre», «discordia civil», «guerra civil» que los personajes de 1813 auguran al país, Galdós interrumpe la narración como autor implícito en el capítulo XXI, para dirigirse al lector actual y relacionar las circunstancias del pasado reflejado en el episodio con las presentes en el momento de la escritura. Su intervención termina haciendo explícito el propósito del episodio:

En cuanto a las circunstancias verdaderamente terribles que acompañaron al último aliento de aquel desgraciado varón [Fernando Garrote], no son tales que deban causar espanto a *la gente de estos días*, la cual, *viviendo como vive en el fragor de la guerra civil*, ha presenciado en los tiempos presentes todos los furores del odio humano entre seres de una misma sangre y de una misma familia [...] *La actual guerra civil* [...] presenta cuadros, cuyas encendidas y cercanas tintas harán palidecer, tal vez, los que en nuestros libros mostremos los narradores de cosas de antaño. El primer lance de *este gran drama español*, que todavía se está representando a tiros, es lo que me ha tocado re-

ferir en este [...] libro [...] Sí; al mismo tiempo que expiraba la gran lucha internacional, daba sus primeros vagidos la guerra civil; del majestuoso seno ensangrentado y destrozado de la una, salió la otra, cual si de él naciera. Como Hércules, empezó a hacer atrocidades desde la cuna (p. 107; los subrayados son míos).

La rigurosa estructura de los motivos históricos de este episodio obedece a ese propósito siempre presente en Galdós de buscar las raíces del presente en el pasado, basado en el principio de la historia como *magister vitae*. Así resume y justifica su interpretación de la época fernandina:

Verdaderamente, la pintura de la guerra [de la Independencia] quedaba manca, incompleta y como descabalada si no se le ponía pareja en el cuadro de las alteraciones y trapisondas que a la campaña siguieron. El furor de los guerreros continuaba en el campo de las conciencias y de las ideas. Esta segunda guerra, más ardiente tal vez aunque menos brillante que la anterior, pareciome buen asunto para otras diez narraciones, consagradas a la política, a los partidos y a las luchas entre la tradición y la libertad⁴.

Y en este primer episodio de la serie le interesa mostrar ordenadamente los orígenes de ese «furor». Las primeras páginas muestran la marcha de los franceses y las reacciones del pueblo madrileño ante ella. Y tiene aquí frases punzantes contra lo que llama «el equipaje del rey José» como «Aquella gente, hasta la historia nos quiso quitar» aludiendo al expolio del Archivo de Simancas, o «si para limpiar de vicios a la capital hubieran usado de tanta diligencia como para limpiarla de onzas, fuera esta villa un paraíso en la tierra» (pág. 46) en referencia al acopio de dinero que hace el gobierno intruso antes de su partida.

A continuación y como segundo motivo consecuencia del primero, el odio a los afrancesados que se verán obligados a cambiar de bando o expatriarse. En tercer lugar, los capítulos centrales nos ofrecen la confusión entre patria y religión y la defensa a ultranza de la tradición más inmovilista, y por último, consecuencia del anterior, la última parte de la novela augura «esa segunda guerra» ya no con-

⁴ Prólogo a los *Episodios Nacionales* en su edición ilustrada de 1885. Reproducido en *Episodios nacionales. Primera serie*, ed. de Dolores Troncoso, Barcelona, Destino, 2005, p. 25.

tra enemigo foráneo sino entre españoles «en el campo de las conciencias y de las ideas» que no permitirá que el fin de la guerra con la victoria sobre los franceses traiga la paz al país.

OBRAS CITADAS

Gómez de Baquero, Eduardo, «Los Episodios nacionales de Pérez Galdós» en *Novelas y novelistas*, Madrid, Calleja, 1918, pp. 11-24.

Montesinos, José F., *Galdós I*, Madrid, Castalia, 1972.

Pérez Galdós, Benito, *El equipaje del rey José*, en *Episodios nacionales. Segunda serie. La España de Fernando VII*, ed. de D. Troncoso, Barcelona, Destino, 2006, pp. 25-139.

—. «Segundo prólogo» a *Episodios nacionales*, ed. ilustrada de 1885. Reproducido en *Episodios nacionales. Primera serie. La guerra de la Independencia*, ed. de D. Troncoso, Barcelona, Destino, 2005, pp. 24-30.